

CORPUS CHRISTI

Cuando los misiles desfilan, el Corpus pasea pan

Evaristo Villar

Hay fiestas religiosas que hoy parecen reducidas a folclore, postal turística o nostalgia de infancia. Y luego está el Corpus Christi, esa celebración desconcertante en la que la Iglesia saca a la calle un trozo de pan bajo palio mientras el mundo se rearma, las democracias se erosionan y los mercados pesan más que los parlamentos.

Visto el panorama, la escena tiene algo de provocación. Mientras los imperios contemporáneos juegan al ajedrez con países enteros y las oligarquías financieras convierten la dignidad humana en variable económica, los cristianos insisten en que lo más importante del mundo cabe en unas manos, en trozo de pan. ¡Y puede comerse!

El contraste no es decorativo. Es teológico y político. El Corpus afirma lo contrario de lo evidente: el sistema dice que sobreviven los fuertes; el Corpus coloca en el centro algo frágil, vulnerable y compartido. Un pan que no se impone. Un Dios que no aplasta. Mientras las naciones exhiben misiles, el Corpus pasea pan. La comparación resulta casi ofensiva para la lógica contemporánea.

La nueva religión mundial: dinero, ruido y banderas

Vivimos tiempos de liturgias alternativas. Ya pocos creen en la salvación, pero muchos creen en el mercado. Las antiguas procesiones han sido sustituidas por la adoración de índices bursátiles, algoritmos y líderes convertidos en influencers de la indignación permanente.

Las instituciones internacionales se debilitan, las democracias retroceden y la política se transforma en marketing emocional, bronca televisiva y cálculo electoral. La mediación ya no cotiza. Escuchar al otro parece ingenuo; la moderación, sospechosa.

En ese contexto, el Corpus aparece como una reliquia incómoda. Porque el Corpus Christi exige lo contrario de lo que ignora la (in)cultura actual: detenerse, compartir, sentarse juntos, reconocer que nadie se basta a sí mismo. León XIV lo expresa en la reciente encíclica *Magnifica Humanitas*: “La magnífica humanidad que Dios ha creado se encuentra hoy ante una elección decisiva: levantar una nueva torre de Babel o edificar la ciudad donde Dios y la humanidad habiten juntos” (MH,1). Babel no ha

desaparecido: ha cambiado de idioma. Ahora habla inglés financiero, militar y digital. Y además, genera beneficios.

España: un país que discute a gritos y se vacía en silencio

En España, el Corpus atraviesa un paisaje social lleno de tensiones. La polarización ha convertido el espacio público en un terreno de trincheras. El adversario político ya no es alguien equivocado, sino alguien moralmente intolerable.

Mientras tanto, la vida sigue su curso silencioso. Sube la vivienda, crece verticalmente la desigualdad, los jóvenes habitan la precariedad como estado permanente y el mundo rural se vacía sin remedio y sin demasiados titulares.

Ahí el Corpus toca una herida profunda. Hubo un tiempo en que esta fiesta convertía los pueblos en una celebración compartida. Calles cubiertas de flores, cantueso y tomillo, vecinos en la calle, generaciones mezcladas, comunidad visible. No era solo rito: era tejido social. Hoy muchos pueblos tienen más silencio que vida. Ventanas cerradas, calles vacías, bares desaparecidos. Donde antes había fiesta, ahora hay espera. Y surge la pregunta incómoda: ¿qué sociedad construimos cuando resulta más rentable especular con suelo que sostener comunidad?

Un Dios absurdamente pequeño

El cristianismo tiene una rareza: reduce el tamaño de Dios hasta hacerlo comestible. Las religiones del poder agrandan lo divino: más fuerza, más dominio, más control. El Corpus hace lo contrario: lo encoge hasta hacerlo pan. No oro. No armas. No espectáculo. Pan.

Ahí está su ironía teológica y su fuerza política. Porque un Dios convertido en alimento condena todo bloqueo imperial de alimentos, maldice el hambre convertida en arma de guerra, y cuestiona cualquier sistema basado en la exclusión de los inmigrantes y los débiles. León XIV lo formula con claridad: “Su dignidad no depende de las capacidades que posee(n), de las riquezas o del rol que desempeña(n)” (*MH*, 50).

La frase resulta incómoda porque contradice la gramática social contemporánea. Hoy las personas se clasifican por utilidad, productividad o impacto. Los pobres molestan, los ancianos sobran, los migrantes incomodan. El Corpus introduce una subversión: nadie vale por lo que produce; todos valen porque son, porque existen.

La Iglesia y su tentación de convertirse en fortaleza

Pero sería demasiado fácil culpabilizar solo al mundo. La Iglesia también tiene su propia tentación de Babel. A veces parece más preocupada por proteger estructuras, identidades o privilegios que por acompañar la vida real. Hay celebraciones que cuidan más la forma que la herida.

Y entonces el Corpus corre el riesgo de volverse paradoja: procesionar al Dios del pan compartido mientras se ignora al hambriento real. La ironía es evidente, pero no graciosa. Por eso León XIV recuerda: “Todo poder está al servicio de la comunión y la misión. Toda autoridad está al servicio del Pueblo de Dios” (MH,116).

El Corpus pierde sentido cuando se convierte en exhibición de poder religioso. Lo recupera cuando atraviesa hospitales, periferias, cárceles, barrios y hogares sin horizonte. Porque el cuerpo de Cristo no puede separarse del cuerpo herido de la humanidad.

El escándalo silencioso: todavía es posible la fraternidad

El mayor escándalo del Corpus hoy no es religioso, sino humano: afirmar que la fraternidad sigue siendo posible. En un mundo que normaliza el cinismo, el Corpus insiste en que todavía se puede compartir mesa, reconciliar heridas y reconocer al otro como hermano. Eso, en sí mismo, suena subversivo.

El miedo organiza la política, el odio fideliza audiencias y la economía premia la competencia. En ese contexto, hablar de fraternidad parece ingenuo. Pero quizá lo ingenuo sea haber renunciado a ella. León XIV lo sintetiza así: “La espiritualidad que necesitamos es una espiritualidad eucarística, es decir, una espiritualidad de la unidad en el amor” (HM, 234). Unidad. Amor. Comunión. Palabras difíciles de sostener en una cultura entrenada en la confrontación.

Conclusión: el mundo se sostiene en la fragilidad compartida

El Corpus plantea una pregunta simple y radical: ¿Qué sostiene el mundo? ¿La fuerza o el cuidado? ¿La acumulación o el compartir? ¿La competencia o la fraternidad?

La respuesta cristiana sigue siendo desconcertante: el mundo no se sostiene desde arriba, sino desde una mesa. No desde el dominio, sino desde la entrega. No desde imperios eternos, sino desde un pan partido. Por eso esta fiesta sigue siendo incómoda. Porque mientras haya alguien capaz de compartir pan, acompañar al débil y abrir espacio al distinto, el cinismo no habrá vencido del todo.

Y quizá esa sea la verdadera procesión del Corpus: no la que recorre calles adornadas, sino la que atraviesa discretamente hospitales, barrios olvidados, pueblos vacíos y casas donde alguien deja un plato más “por si acaso”. Ahí continúa pasando Dios.

